

respondió de un modo evasivo, y despues de haber buscado efujios por algunos meses, dejó partir al general francés sin darle una contestacion satisfactoria. Pero cuando la brillante campaña de 1805 hubo añadido nuevo esplendor á la gloria militar de Napoleón, y cuando sus ejércitos hubieron ocupado la capital del Austria y batido en Austerlitz á los Rusos, deslumbrado el sultan por estos gloriosos hechos de armas, se apresuró á reconocerle por emperador y le dió el título de *padichach de Francia*. En seguida pasó á Paris Halet-Efendi, en calidad de embajador, para felicitar al monarca francés, á quien llevó ricos regalos.

No obstante no podia ser de larga duracion la paz impuesta por Napoleón á las potencias que habia vencido: una nueva coalicion, fomentada por el oro y por las intrigas de la Inglaterra, se habia formado contra la Francia. Instruido Sultan-Selim de estos síntomas de discordia, sintió la necesidad de reforzar sus medios de defensa para hacer respetar su neutralidad. Mandó dirigir bajo los muros de Andrinópolis un ejército destinado al mismo tiempo á obrar contra los Servios sublevados y á defender las fronteras en caso de ser atacadas por alguna potencia extranjera; determinó que este ejército fuese compuesto en parte de tropas instruidas y vestidas á la europea, llamadas *nizam-djedid* (nueva ordenanza). Un katti-cherif ordenó á Kadi-Bajá, gobernador de la Karamania, que incorporase en los regimientos *nizam-djedid* los jóvenes de menos de veinte y cinco años, y los llevase á Constantinopla para pasar desde allí á la segunda capital del imperio. Muy pronto envió Kadi-Bajá á Andrinópolis comisarios para preparar los alojamientos necesarios para los diez y seis mil hombres que habia rennido; pero estos enviados fueron arrojados por la poblacion, la cual, escitada por los jenízaros, enemigos declarados de la nueva milicia, tomó las armas y se dispuso á defender la entrada en su ciudad á los *nizam-djedid*. A esta noticia envió el divan á los insurgentes

un kapoudji-bachi, encargado de conciliar los ánimos; pero fué degollado así que llegó. Marcharon los amotinados contra el ejército de Kadi-Bajá y se atrincheraron en la pequeña ciudad de *Baba-Eshi*. Habiendo querido Kadi-Bajá desalojarlos de esta posicion, vió á sus valientes soldados diezmados por el fuego de las casas, y tuvo que retirarse. Entonces se dirigió sobre Selivria, con el objeto de aproximarse á Constantinopla; pero habiéndose adelantado los jenízaros y ocupado Tchorlou, quiso tomar esta ciudad por asalto, le volvió á salir mal, y fué á esperar durante quince dias en Selivria los refuerzos que le prometia la Puerta.

Mientras que tenían lugar estos acontecimientos, los jenízaros de Constantinopla ofrecian todos los síntomas de rebelion: se tenían reuniones sediciosas, solo se oia amenazar á los ministros y ofender al sultan. Para calmar esta peligrosa efervescencia, se empleó la persuasion; el mufti se ofreció á mediar entre el pueblo y el Gran Señor, y gracias al nombramiento del agá de los jenízaros al puesto de gran visir, al destierro de los ministros y al suyo, pudo el hábil mufti con las medidas que él mismo habia aconsejado restablecer el orden momentaneamente. Los *nizam-djedid* volvieron al Asia, y se abandonó la idea de hacer entrar los jenízaros en el nuevo cuerpo. Sin embargo el khatti-cherif que lo habia mandado no fué revocado, y esta circunstancia mantuvo la fermentacion de los ánimos.

Durante estos desórdenes, llegó á Constantinopla el general Sebastiani, nuevo embajador francés, en agosto de 1806, y fué acogido con la mayor distincion: tenia instrucciones secretas para probar de decidir á la Puerta á una guerra contra la Rusia; y consiguió su objeto haciendo destituir á los príncipes Ipsilanti y Morousi, hospodares de Moldavia y de Valaquia, protegidos por los Rusos. Así que supo el emperador Alejandro esta deposicion, contraria á los tratados, invadió sin previa declaracion estas dos provincias. Los bajáes de las fronteras trataron inútilmente de detener

á las tropas rusas, mandadas por el general Michelson. La Puerta declaró entónces la guerra á la Rusia; pero, en virtud de las representaciones de todos los embajadores y del mismo general Sebastiani, Mr. de Kalinski, ministro de esta potencia, no fué encarcelado y tuvo además la libertad de retirarse. Sultan-Selim dió en esta ocasion una prueba de su humanidad y del deseo que tenia de colocar su gobierno al nivel de la civilizacion europea.

Sin embargo, mientras que la Rusia atacaba por tierra el imperio otomano, hizo la Inglaterra una atrevida tentativa para decidir al sultan á que se reuniese á las potencias ligadas contra la Francia. Una escuadra inglesa, á las órdenes del vice-almirante Duckworth, amenazó los Dardanelos. Al presentarse esta flota, mandó el kapudan-bajá salir sus buques del puerto y emprendió trabajos, á la verdad bastante lentos, para poner las baterías del estrecho en estado de defensa. Mr. Arbuthnot, embajador británico, despues de haber tenido una audiencia con el reis-efendi, que contestó enérgicamente á sus pretensiones, se retiró á Tenedos, desde cuyo punto continuó sus negociaciones con la Puerta; y asegurando á los ministros otomanos las intenciones pacíficas de la Inglaterra, tuvo la habilidad de hacerles descuidar la reparacion de los Dardanelos. Apesar de las representaciones del general Sebastiani, quien advirtió al sultan que los fuertes y las baterías del estrecho no estaban en estado de impedir el paso del enemigo, se adelantaban los trabajos con lentitud, porque los ministros otomanos no participaban en este punto de la conviccion del embajador francés. Aprovechando esta peligrosa falta de cuidado, llegó el almirante inglés el 20 de febrero, muy de mañana, delante de los dos primeros castillos, cuyo fuego poco activo no pudo detenerle: llegado á la altura de los fuertes *Kilid-ul-Bahr* (llave del mar) y de *Sultanité*, el navío almirante disparó toda su artillería, y el resto de la escuadra siguió su ejemplo; contestó la de los

Otomanos, y el cañoneo se hizo algo vigoroso, pero sin poder impedir el progreso de los buques. El kapudan-bajá, que se habia situado en una de las principales baterías, se retiró luego espantado de los efectos de las balas del enemigo. Su marcha fué la señal de la huida de los artilleros musulmanes, quienes abandonaron á algunos jefes franceses quetenian, y la flotilla fué destruida sin dificultad.

Quando llegó al serrallo la noticia del paso de los Dardanelos, practicado por la escuadra inglesa, escitó un miedo y una confusion inesplicables. El divan, convocado á toda prisa, opinó en masa por una pronta adhesion á los deseos de la Inglaterra: el miedo de sus cobardes consejeros se comunicó al mismo sultan, que envió corriendo á Ismail-Bey, uno de sus favoritos, para anunciar al embajador francés la decision del divan y empeñarle á partir. Pero el general Sebastiani rehusó obedecer con mucha dignidad, diciendo que la llegada de la escuadra inglesa no le espantaba; que acreditado en la Puerta, se hallaba bajo su salvaguardia, y no dejaria Constantinopla sino en virtud de una orden formal de Su Alteza.

No obstante los habitantes de la capital, lejos de participar del terror del divan, manifestaban un entusiasmo extraordinario: los toptchis acudian á las baterías; los jenízaros se armaban de fusiles y de yagatanes; los ancianos y los muchachos ayudaban á los trabajos y llevaban tierra ó fajinas. Sultan-Selim se aprovechó del entusiasmo de la poblacion, mandó inmediatamente concluir las baterías principiadas, y puso los trabajos bajo la inmediata inspeccion de los ministros. El general Sebastiani, encantado con tan enérgica resolucion, ofreció á Su Alteza los servicios de doscientos franceses; fueron aceptados con reconocimiento; el embajador en persona pasó á las baterías, prodigó el oro á los trabajadores y á los artilleros, y dejó en ellas oficiales de su séquito para dirigir los esfuerzos de los Otomanos.

En tanto que la Puerta tomaba con ardor estas medidas defensivas, la escuadra inglesa se desplegaba en una línea de dos leguas de ancho delante de Constantinopla; habiéndole faltado el viento del sur tuvo que anclar á la altura de *Proti*, la mas occidental de las islas de los Príncipes. Al día siguiente, el embajador inglés envió al divan oficiales parlamentarios para empeñar á la Puerta á acceder á las proposiciones de la Inglaterra: pero estos enviados, espantados por el recibimiento que les hicieron los oficiales y los marinos musulmanes, cuando fueron llamados al serrallo, creyeron que habia llegado su última hora, y en lugar de ir á palacio, se volvieron, á fuerza de remos, á bordo de sus buques. Estos retardos y el cuidado que tuvo el divan de alargar las negociaciones, fueron muy favorables para la causa de los Osmanlinos, porque les daba tiempo para adelantar los trabajos militares con una rapidez sin ejemplo. Las fortificaciones se construian á la vista y bajo la inspeccion de Sultan-Selim, que recorría en persona las baterías nuevas, distribuyendo elogios y regalos á sus súbditos de todos rangos y religiones. Al cabo de cinco dias, mas de novecientas piezas de artillería defendian la costa, diez buques de guerra otomanos se pusieron en orden de batalla, y Constantinopla se hallaba en un estado de defensa formidable.

Mientras tanto continuaban las negociaciones, pero se habia perdido la ocasion de imponer la ley á la Puerta y el embajador inglés desistia de sus exorbitantes pretensiones. A pesar de esta moderacion, no quiso el Gran Señor dar oídos á ninguna especie de convenio, ínterin no saliese la escuadra inglesa del estrecho de los Dardanelos; y el almirante Dukworth, renunciando ya á intimaciones inútiles, y temiendo que los vientos contrarios no pusiesen en peligro á su escuadra, levantó el áncora y se retiró sin hacer tentativa alguna, saludado por los gritos de alegría de toda la poblacion de Cons-

tantinopla que habia acudido á la costa.

Habiendo salido el sultan de esta crisis con honor, se ocupó en recompensar á los valientes que habian contribuido á este feliz suceso, pero castigó severamente á los cobardes.

El gobierno inglés, para vengarse del mal éxito de su tentativa sobre Constantinopla, quiso quitar al sultan la rica provincia del Egipto. En consecuencia, cuando el vice-almirante Dukworth hubo reparado sus navios en Malta, recibió orden de prepararse para sostener la escuadra del almirante Lewis, que se dió á la vela para Alejandria; pero esta expedicion no tuvo mejor resultado que la que se habia probado en los Dardanelos. Los Ingleses, despues de haberse hecho dueños de Alejandria, tuvieron que evacuar el Egipto el 22 de agosto de 1807.

Estas dos empresas de la Inglaterra contra Constantinopla y el Egipto, manifestando la mala voluntad del gabinete británico contra la Puerta, determinaron al sultan á declarar oficialmente la guerra á la Gran Bretaña y á contraer alianza con la Francia. Pero la Inglaterra, con el objeto de calmar al Gran Señor, no contestó á esta declaracion, alejó sus buques de las costas de Siria y del Archipiélago, y tomó todas las medidas necesarias para hacer cesar las hostilidades. Hallándose de este modo en guerra con la Rusia, cuya escuadra de veinte y dos velas, bajo las órdenes del almirante Siniavin, inspeccionaba los Dardanelos, mientras que su ejército de tierra ocupaba la Moldavia y la Valaquia, tomó la Puerta todas las disposiciones necesarias para resistir este doble ataque.

Por otro lado, y para arrojar á los Rusos de las dos provincias que acababan de invadir, ordenó el sultan una leva extraordinaria. El bajá de Bosnia recibió orden de someter á los Servios que pretendian formar un principado independiente, bajo la sola condicion de pagar un tributo anual á la Puerta; las demás tro-

pas enviadas por los bajás de Asia debian dirigirse sobre Chumla, á donde debia acudir el gran visir Ibrahim-Bajá, acompañado, segun su antigua costumbre, de los ministros del divan y de su comitiva.

El temor de ocasionar un motin entre los jenizaros impidió al sultan enviar las tropas del *nizam-djedid* á las orillas del Danubio; una parte fué colocada en los fuertes y las baterías del Bósforo; la restante permaneció en el Asia. Se habian añadido á los primeros cerca de dos mil soldados llamados *yamak-tabialis* (sirvientes de baterías), que recibian la misma paga y ocupaban los mismos cuarteles que los *nizam-djedid*. De este modo se esperaba inspirarles el gusto á los ejercicios de estas nuevas tropas é incorporarlas con ellas. Pero la mala voluntad del kaim-mekam impidió este feliz resultado: sus intrigas sembraron muy pronto la desunion entre ambos cuerpos. Mustafá-Bajá mandó entónces al antiguo *reis-efendi*, Ingiliz Mahmud, que fuese á pagar el sueldo á los *yamaks*, y les llevase el uniforme de *nizam-djedid*, para decidir á los primeros á uniformarse con él. Esta pérdida medida produjo los frutos que de ella esperaba el kaim-mekam: habiendo Mahmud-Efendi mandado á los *yamaks* adoptar el nuevo uniforme, se precipitaron sobre él, y lo hubieran asesinado si los *nizam-djedid* no lo hubiesen defendido. Durante esta lucha, logró Mahmud escaparse y llegar al pueblo de Buiuk-Deré; pero fué alcanzado por algunos *tabialis* y degollado inmediatamente. Este asesinato fué la señal de un combate jeneral entre los dos cuerpos rivales: los *yamaks-tabialis*, mas numerosos que los *nizam-djedid*, consiguieron arrojar á estos de todos los fuertes, mataron al comandante de las baterías de la costa del Asia y arrojaron su cuerpo al mar. Lejos de reprimir estos desórdenes, el kaim-mekam engañó al sultan con falsos partes, y consiguió con sus maniobras secretas persuadir á los jenizaros y á los *yamaks* que habia llegado el momento de destruir

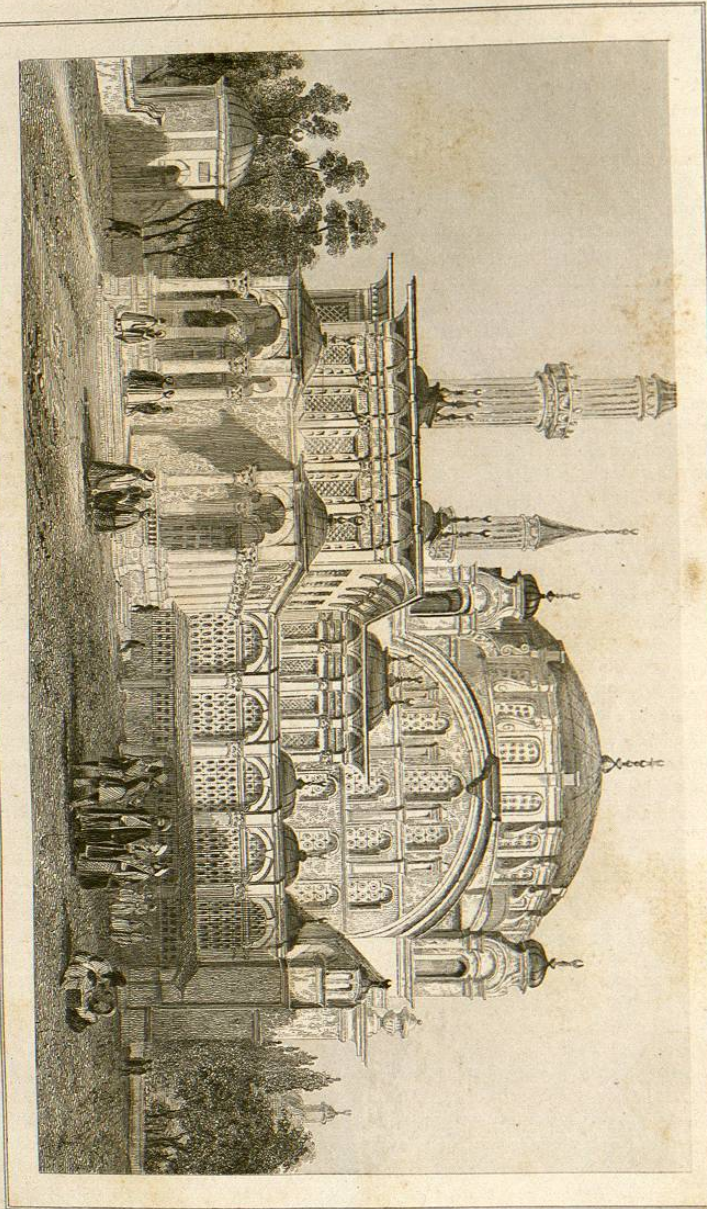
la nueva milicia y de castigar de muerte á los ministros que habian establecido este sistema de organizacion militar. Inmediatamente se reunieron los *yamaks* en el gran valle de Buiuk-Deré, eligieron por jefe á Kabaktchi-Oglou, y al cabo de tres dias, marcharon sobre Constantinopla en número de seiscientos; allí degollaron al *desterdar*, al *zarab-khané-emi* y á algunos otros personajes distinguidos que el kaim-mekam queria matar, y á quienes habia invitado para que se apersonasen con él. Los *nizam-djedid* se habian retirado á sus cuarteles, y Kabaktchi Oglou, no encontrando resistencia alguna, reforzó su columna con siete ú ochocientos jenizaros, doscientos *galioundjis*, y el cuerpo de los *toptchis*. Encontrándose Kabaktchi á la cabeza de fuerzas tan respetables, se colocó en la plaza del *Et-meidani*, mandó traer los *kazanes* de los ortas, y en una alocucion á los rebeldes y al pueblo que se habia unido á ellos, los incitó á que derrotasen el cuerpo de los *nizam-djedid*, á que defendiesen los reglamentos establecidos por el venerable jeque *Hadji-Bektach*, y á que castigasen á los ministros que los habian violado. Acto continuo les leyó la lista de los proscritos que el kaim-mekam le habia enviado; y el populacho, sabiendo los nombres de las víctimas que habia de herir, las buscó, y degolló la mayor parte de estos desgraciados. Pero el *bostanji-bachi*, habiéndose retirado al serrallo, se habia resguardado del furor popular; estaban cerradas las puertas del circuito del palacio y habian tomado las armas los *itchoghians* y los *bostandjis*. Reunidos los rebeldes delante de la puerta imperial (*Bab-Humaioun*), pedian á grandes voces la cabeza del *bostanji-bachi*. Sultan-Selim, aunque espantado con el furor del pueblo, resistia noblemente á las instancias de sus trémulos ministros que le suplicaban que entregase aquella víctima para restablecer la tranquilidad. El mismo *bostanji-bachi*, posternándose á los piés de su señor, le rogó salvase su persona sagrada, entre-

gando su esclavo á los yamaks. Enterrecido Sultan-Selim por este jeneroso rendimiento, cubre con ambas manos sus ojos bañados en lágrimas, y cede á la cruel necesidad: « ¡ Ya que consentes, dijo sollozando, en este doloroso sacrificio, muere, hijo mio! ¡ que te acompañe la bendición de Allah! Apenas hubo pronunciado estas palabras, cayó la cabeza del bostandji-bachi bajo el sable del ejecutor, y arrojada desde las almenas, rodó ante los yamaks, quienes la llevaron en triunfo hasta el Et-meidani, donde ocupó su lugar entre las diez y siete cabezas de los principales dignitarios, colocadas en línea paralela á las de los kazanes.

Hacia dos dias que duraba el degüello; todos los ministros partidarios del nuevo sistema habian perecido; en esta crítica coyuntura Sultan-Selim suprimió el cuerpo de los nizam-djedid, pretexto de tantas turbulencias. El triunfo de los jenízaros era completo, y no obstante no se dispersaban los rebeldes. Animados con este resultado, los jefes secretos de la conspiracion resolvieron escojer un soberano cuya ilustracion é inclinacion á la civilizacion no podian convenir á los enemigos de toda innovacion útil. Kabaktchi-Oglou se encargó de determinar á los soldados á cometer este nuevo crimen: en una arenga artificiosa señaló á Sultan-Selim como el enemigo implacable de los jenízaros, les hizo temer su venganza, y les decidió á proponer al mufti esta insidiosa cuestion: « ¿ Merece permanecer sobre el trono todo padichah que con su conducta y sus reglamentos combate los principios religiosos consagrados por el Alcoran? » Prevenido el mufti de este paso, hizo su papel con la mayor hipocresía: finjió dolor y abatimiento, compadeció al infeliz monarca, descarriado por pérdidas consejos, y abandonado por el profeta, porque en lugar de confiar en Dios, queria asemejar los Osmanlinos á los infieles. Despues de este discurso, cuya aplicacion no era difícil, escribió su fetwa con la fórmula negativa: « *Olmaz*, eso no es posible, añadiendo las palabras decisivas

« *We allahou A'lem* (pero Allah sabe lo que conviene mas). » Esta decision, suficientemente esplicada por las palabras con que la habia precedido el mufti, fué mirada como la condena del soberano; y Kabaktchi-Oglou declaró que con arreglo al fetwa del mufti y al voto de los Osmanlinos, Sultan-Selim habia cesado de reinar y que Sultan-Mustafá, hijo de Sultan-Abdul-Hamid, era desde aquel momento padichah y soberano legitimo del imperio otomano.

Faltaba no obstante notificar á Sultan-Selim su deposicion, hallándose aun dueño del serrallo, defendido por los itch-oghlan y los bostandjis, y teniendo en su poder á Sultan-Mustafá. El mufti se encargó de esta peligrosa mision; asegurado por su carácter sagrado y la dulzura de su soberano, pasó al gran salon del palacio, donde Sultan-Selim, sentado en un rincon de un sofá, estaba rodeado de sus oficiales y de sus criados, llenos de espanto. El jeque-ulislam se prosternó á los piés de su señor, y le declaró con muestras de la mas profunda tristeza y con todos los miramientos posibles que el pueblo habia pronunciado su deposicion, y que toda resistencia solo serviria para hacer derramar inútilmente la sangre de sus fieles servidores. El sultan oyó con calma el discurso hipócrita del mufti, se levantó, echó una tierna mirada sobre los testigos de esta escena, y fué á encerrarse por sí solo en el *Kafess*. Cuando entró en él se preparaba á salir Sultan-Mustafá; Selim lo abrazó afectuosamente, le dirigió algunas palabras sensibles, y le recomendó sobre todo trabajar para la felicidad del pueblo. Deseoso Sultan-Mustafá de gozar las dulzuras del poder, y por otra parte, poco inclinado á amar el discurso de Sultan-Selim, apenas lo escuchó; pero este malhadado monarca halló un gran consuelo en los testimonios de amistad que le dió Sultan-Mahmud, quien dotado de un corazon noble, y de las calidades mas sublimes, habia sabido apreciar mejor que su hermano Sultan-Mustafá las virtudes y los favores de su primo. Adhirióse vivamente Sultan-Se-



Mezzitane Mosque in Constantinople.
Mezzitane Mosque in Constantinople.

TURQUIE.

TURQUIE.

22

lim al compañero de su cautividad, y se dedicó enteramente á su educacion política.

La supresion de los nizam-djedid fué una consecuencia inmediata de la deposicion de su fundador; dispersáronse pues, y sus cuarteles fueron saqueados por las tropas de Kabaktchi-Oglou.

Depuesto Sultan-Selim, en mayo de 1807, habia reinado diez y ocho años, durante los cuales habia trabajado principalmente en hacer entrar á los Otomanos en el camino de la civilizacion. Este pensamiento magnánimo fué causa de la perdicion de este monarca virtuoso, humano, justo y esclarecido, pero quien, á pesar de sus luces, no conoció que la nacion musulmana, por la misma esencia de sus instituciones estacionarias y de su religion esclusiva, está mal dispuesta á mezclarse con los pueblos cristianos y asociarse á su marcha progresiva. Sin embargo la época parecia favorable para poner en ejecucion los proyectos de Sultan-Selim, las costumbres de los Osmanlinos se suavizaban durante muchos reinados; acontecimientos militares de grande importancia habian puesto los soldados de la Puerta en contacto con los de las potencias européas; se podia creer que aprenderian de estas el arte de la guerra y que perderian aquel horror y desprecio que siempre han mostrado los Mahometanos hácia nuestras instituciones, y que provienen únicamente del fanatismo y de la ignorancia, de que Sultan-Selim probó sacarles; pero se frustraron sus esperanzas; y esta peligrosa prueba le costó por el pronto el trono y mas adelante la vida. Darémos en el capítulo siguiente la relacion de esta sangrienta catástrofe.

CAPITULO XXX.

SULTAN-MUSTAFA-KHAN IV, HIJO DE SULTAN-ABDUL-HAMID-KHAN.

La revolucion que acababa de hacerse tenia á los habitantes de Constantinopla en la mayor inquietud: los *Franco*s y los judíos temian sobre

todo que la soldadesca no pasase del saqueo de los cuarteles al de las habitaciones particulares: estaban cerradas todas las tiendas y reinaba la consternacion en la ciudad. Las salvas de artillería y los gritos de los pregoneros no tardaron en anunciar el advenimiento de Sultan-Mustafá. Ya estaban reemplazados los ministros ajusticiados; y los que habian sobrevivido á esta crisis eran confirmados en sus empleos. Los yamaks, á quienes se acordó una gratificacion, volvieron á los castillos del Bósforo cuya comandancia obtuvo Kabaktchi-Oglou, y los jenízaros volvieron á entrar en sus cuarteles. Se aseguró á los representantes de las potencias extranjeras que nada tenian que temer; los negocios públicos y las relaciones de los habitantes volvieron á tomar su curso ordinario, y todos los temores se disiparon.

La caída de Sultan-Selim debia necesariamente conducir á la ruina de las instituciones que habian sido la causa de la sublevacion contra el de un pueblo ignorante y fanático; pero, aunque el kaim-mekam y el mufti se dieron prisa en anunciar á la multitud reunida en la plaza del Et-meidani, que el nuevo padichah iba á restablecer los antiguos usos y á borrar hasta los restos de las innovaciones de su predecesor, los impuestos establecidos para el sosten de los nizam-djedid no fueron suprimidos; y como sucede frecuentemente, el pueblo que habia hecho la revolucion, solo sacó de ella aumento de contribuciones.

La noticia del cambiamiento de reinado produjo sensaciones diversas en el ejército del Danubio; los jenízaros hicieron alarde de una grande alegría; pero su agá, que debia su destino á Sultan-Selim, culpó amargamente la conducta de los yamaks, y declamó con tan poco respeto contra los rebeldes que se habian abrogado el derecho de deponer á su soberano, que los soldados se indignaron, se alborotaron y le quitaron la vida. El gran visir, que participaba de los sentimientos del agá de los jenízaros, fué destituido y reemplazado por Tchelebi-